Introducción: la pregunta que todos nos hemos hecho

Pocas preguntas han acompañado tanto a la humanidad como esta: **si Dios es bueno, todopoderoso y nos ama, ¿por qué permite el mal y la injusticia?**

La pregunta surge espontáneamente cuando contemplamos una guerra, una enfermedad incurable, el sufrimiento de un niño inocente, una tragedia familiar o las innumerables injusticias que vemos cada día en el mundo. También aparece en los momentos más personales: cuando una oración parece no ser escuchada, cuando una pérdida nos rompe el alma o cuando experimentamos el dolor de la traición, la pobreza o el abandono.

No se trata de una cuestión nueva. Desde los tiempos más antiguos, filósofos, teólogos, santos y hombres sencillos han intentado comprender este misterio. De hecho, gran parte de la historia de la teología cristiana puede entenderse como una búsqueda para responder a esta pregunta sin disminuir ni la bondad de Dios ni la realidad del sufrimiento humano.

La Iglesia Católica no ofrece una respuesta simplista ni una fórmula mágica que elimine el dolor. Lo que ofrece es algo más profundo: una comprensión del mal a la luz de la Revelación, de la Cruz de Cristo y de la esperanza eterna.

Este artículo pretende explorar rigurosamente este misterio desde una perspectiva teológica, bíblica, filosófica y pastoral, ayudándonos a descubrir cómo incluso en medio del sufrimiento Dios sigue actuando.

El problema del mal: una de las mayores objeciones contra la fe

A lo largo de la historia, muchos han argumentado que la existencia del mal parece incompatible con la existencia de Dios.

La objeción suele formularse así:

- Si Dios es bueno, quiere eliminar el mal.
- Si Dios es todopoderoso, puede eliminar el mal.
- Sin embargo, el mal existe.

- Por tanto, Dios no existe o no es bueno.

A primera vista parece un razonamiento contundente. Sin embargo, la tradición cristiana ha mostrado que parte de una comprensión incompleta tanto de Dios como de la naturaleza del mal.

La pregunta correcta no es simplemente:

«¿Por qué existe el mal?»

Sino:

«¿Por qué Dios permite temporalmente la existencia del mal dentro de un plan de salvación más grande?»

La diferencia es fundamental.

La fe cristiana nunca ha negado la existencia del sufrimiento. Al contrario. Lo toma extremadamente en serio.

La Biblia está llena de lágrimas, persecuciones, enfermedades, guerras y tragedias humanas. La diferencia es que la fe afirma que el mal no tiene la última palabra.

¿Qué es realmente el mal?

Antes de preguntarnos por qué Dios lo permite, debemos entender qué es.

Santo Tomás de Aquino, siguiendo a San Agustín, enseñó que el mal no es una realidad creada por Dios.

El mal es una privación de un bien debido.

Por ejemplo:

- La ceguera es ausencia de visión.
- La mentira es ausencia de verdad.
- La injusticia es ausencia de justicia.

- El odio es ausencia de amor.

Dios creó todo bueno.

Como leemos en el Génesis:

> *«Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era muy bueno» (Gn 1,31).*

El mal no es una sustancia creada por Dios. Es una corrupción o deformación de un bien previamente existente.

Por eso la Iglesia enseña que Dios no es autor del mal.

El origen del mal moral: la libertad humana

La primera gran respuesta cristiana al problema del mal se encuentra en el don de la libertad.

Dios quiso crear seres capaces de amar.

Pero el amor auténtico exige libertad.

No puede existir amor verdadero donde sólo existe programación.

Un robot puede obedecer.

Un ser libre puede amar.

Y precisamente porque puede amar, también puede rechazar el amor.

Aquí encontramos el origen del pecado.

Los ángeles caídos utilizaron mal su libertad.

Nuestros primeros padres utilizaron mal su libertad.

Y cada uno de nosotros sigue haciéndolo.

Gran parte del sufrimiento del mundo proviene directamente de decisiones humanas:

- Guerras.
- Corrupción.
- Explotación.
- Aborto.
- Violencia.
- Odio.
- Injusticias económicas.
- Persecuciones.

Dios podría eliminar toda posibilidad de pecado.

Pero para hacerlo tendría que eliminar la libertad.

Y entonces desaparecería también la posibilidad del amor.

¿Por qué Dios no interviene constantemente?

Muchas personas se preguntan:

«Si Dios ve una injusticia, ¿por qué no la detiene inmediatamente?»

La respuesta implica comprender cómo gobierna Dios el mundo.

Dios sostiene continuamente la creación, pero normalmente actúa respetando las leyes naturales y la libertad de sus criaturas.

Si Dios interviniera milagrosamente cada vez que alguien intenta hacer algo malo:

- Ninguna decisión tendría consecuencias.
- La libertad sería una ilusión.
- La responsabilidad moral desaparecería.

El mundo se convertiría en un escenario artificial.

Sin embargo, Dios ha querido una creación auténtica donde nuestras elecciones tengan verdadero peso.

Esto no significa que Dios sea indiferente.

Significa que permite temporalmente ciertas acciones porque ve el conjunto completo de la historia, mientras nosotros sólo vemos fragmentos.

El misterio del sufrimiento de los inocentes

Aquí llegamos al punto más difícil.

¿Qué ocurre con los niños que sufren?

¿Qué ocurre con las víctimas inocentes?

¿Qué ocurre con quienes padecen enfermedades devastadoras?

La respuesta cristiana reconoce con humildad que existe un misterio.

No todo puede comprenderse plenamente desde nuestra condición limitada.

El libro de Job es probablemente la reflexión más profunda de toda la Escritura sobre este tema.

Job era justo.

Sin embargo, perdió:

- Sus bienes.
- Su salud.
- Sus hijos.
- Su posición social.

Sus amigos insistían en que debía haber cometido algún pecado oculto.

Pero estaban equivocados.

Al final del libro, Dios no le da una explicación detallada.

Le muestra algo mayor:

la inmensidad de su sabiduría frente a las limitaciones humanas.

No todas las preguntas reciben respuestas inmediatas.

Pero la fe enseña que ninguna lágrima cae fuera de la providencia divina.

La Cruz de Cristo: la respuesta definitiva de Dios al sufrimiento

La respuesta más profunda al problema del mal no es una teoría.

Es una persona.

Jesucristo.

Muchos imaginan un Dios distante observando el sufrimiento desde el cielo.

Pero el cristianismo proclama algo radicalmente distinto.

Dios mismo entró en el sufrimiento humano.

Fue perseguido.

Fue traicionado.

Fue calumniado.

Fue torturado.

Fue condenado injustamente.

Fue crucificado.

La Cruz revela que Dios no es ajeno al dolor.

Lo asumió en primera persona.

Como dice el profeta Isaías:

> *«Él soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores» (Is 53,4).*

Y San Pablo proclama:

> *«Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes le aman» (Rm 8,28).*

La Cruz nos muestra que Dios puede sacar un bien inmenso incluso del peor mal imaginable.

La crucifixión fue el crimen más injusto de la historia.

Sin embargo, de ella surgió la salvación del mundo.

Dios puede sacar bienes mayores de males permitidos

Esta enseñanza es fundamental en la teología católica.

Dios no quiere el mal.

Pero puede permitirlo porque es capaz de obtener de él un bien mayor.

Un ejemplo evidente es la conversión de muchas personas tras experiencias dolorosas.

Numerosos santos descubrieron a Dios precisamente a través del sufrimiento.

No porque el sufrimiento fuera bueno en sí mismo.

Sino porque Dios transformó ese dolor en un camino de santificación.

San Agustín expresó esta verdad con una frase célebre:

» Dios juzgó mejor sacar bienes del mal que no permitir ningún mal.»

Esto no significa que debamos buscar el sufrimiento.

Significa que ningún sufrimiento tiene por qué ser inútil.

La injusticia no tendrá la última palabra

Una de las mayores angustias humanas surge cuando vemos que los malvados parecen triunfar.

A veces los corruptos prosperan.

Los violentos parecen vencer.

Los inocentes sufren.

Desde una perspectiva exclusivamente terrenal esto resulta escandaloso.

Pero la fe cristiana contempla la historia completa.

Existe un juicio divino.

Existe una vida eterna.

Existe una justicia perfecta.

Dios no ignora ninguna acción humana.

Jesús mismo enseñó:

> *«No hay nada oculto que no llegue a descubrirse» (Lc 8,17).*

La esperanza cristiana no consiste en negar las injusticias.

Consiste en saber que ninguna injusticia quedará sin respuesta definitiva ante Dios.

El papel de los cristianos frente al mal

Comprender por qué Dios permite el mal no significa permanecer pasivos.

Todo lo contrario.

La fe católica exige combatir el mal.

Los cristianos están llamados a:

- Defender la verdad.
- Ayudar a los pobres.
- Proteger a los débiles.
- Promover la justicia.
- Consolar a los que sufren.
- Construir la paz.

Cada obra de misericordia es una participación en la victoria de Cristo sobre el mal.

La pregunta no debe ser solamente:

«¿Por qué Dios permite el sufrimiento?»

También debemos preguntarnos:

«¿Qué estoy haciendo yo para aliviar el sufrimiento de los demás?»

El sufrimiento puede convertirse en camino de santidad

Esta enseñanza resulta difícil para la mentalidad moderna.

Vivimos en una cultura que considera el sufrimiento como algo que debe eliminarse a cualquier precio.

Y ciertamente es bueno combatirlo cuando es posible.

Pero la fe cristiana añade una dimensión más profunda.

El sufrimiento unido a Cristo puede tener un valor redentor.

San Pablo escribe:

> *«Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).*

Esto no significa que la Cruz de Cristo sea insuficiente.

Significa que Dios permite que participemos en la obra de la redención ofreciendo nuestros sufrimientos unidos a los de Jesús.

Así comprendemos por qué tantos santos abrazaron sus cruces con serenidad y esperanza.

La visión moderna del mal y la pérdida del

sentido trascendente

Uno de los grandes dramas de nuestro tiempo es que muchas personas experimentan el sufrimiento sin un horizonte espiritual.

Cuando desaparece Dios, el dolor parece absurdo.

Cuando desaparece la eternidad, la injusticia parece definitiva.

Cuando desaparece la esperanza sobrenatural, el sufrimiento parece inútil.

Por eso muchas crisis contemporáneas no son únicamente psicológicas o sociales.

También son espirituales.

La fe no elimina automáticamente el dolor.

Pero le otorga significado.

Y un sufrimiento con sentido puede soportarse de una manera completamente distinta a un sufrimiento que parece absurdo.

La victoria final de Dios

El cristianismo no termina en el Calvario.

Termina en la Resurrección.

La última palabra de Dios sobre la historia no es la muerte.

Es la vida.

No es el mal.

Es el bien.

No es la injusticia.

Es la justicia.

No es el pecado.

Es la santidad.

El libro del Apocalipsis describe el destino final de los redimidos:

> *«Y enjugará toda lágrima de sus ojos; ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor» (Ap 21,4).*

Esta promesa constituye el corazón de la esperanza cristiana.

Conclusión: confiar cuando no comprendemos

La pregunta sobre por qué Dios permite el mal probablemente seguirá acompañando a la humanidad hasta el final de los tiempos.

Ninguna explicación intelectual puede eliminar completamente el misterio.

Sin embargo, la fe católica ofrece certezas fundamentales:

- Dios no creó el mal.
- Dios no desea el mal.
- Dios respeta la libertad humana.
- Dios puede sacar bienes inmensos incluso de los mayores males.
- Dios ha entrado personalmente en el sufrimiento mediante Jesucristo.
- Dios juzgará toda injusticia.
- Dios promete una vida eterna donde el mal será definitivamente vencido.

Cuando contemplamos la Cruz comprendemos que Dios no siempre responde nuestras preguntas de la manera que esperamos.

A veces responde mostrándonos su presencia.

El cristiano no cree porque entienda perfectamente el misterio del sufrimiento.

Cree porque sabe que, incluso en medio de la oscuridad, Cristo ha recorrido el camino antes que nosotros.

Y si el Viernes Santo terminó en la gloria de la Pascua, también nuestras cruces, unidas a Él, están llamadas a transformarse en resurrección.

Por eso, cuando el dolor, la injusticia o la incertidumbre parezcan insoportables, podemos repetir con confianza las palabras del salmista:

> *«Aunque camine por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo» (Sal 23,4).*

Esa es, en última instancia, la respuesta cristiana al misterio del mal: no una explicación fría, sino la certeza de que Dios permanece con nosotros incluso cuando no logramos comprender todos sus caminos.